

óbtener la tranquilidad en el Oeste, lleno ya de prófugos, le pareció necesario á Napoleón inspirar un profundo terror. Así es que el gran juez aconsejó al Emperador que no se ocupase más de sus clientes.

—De su cliente querrá usted decir, replicó Godofredo.

—No, porque la señora de la Chanterie estaba condenada á veintidós años de cárcel, dijo Alain. Traslada ya á Bicetré, cerca de Rouen, para sufrir su condena, no debía ocuparse de ella hasta después de haber salvado á su Enriqueta, á la que, después de las espantosas sesiones, le había tomado tal cariño, que sin la promesa de Bordín de obtener su indulto, se cree que la señora de la Chanterie no hubiera sobrevivido á la lectura de la sentencia. Se engañó, pues, á aquella pobre madre. Vió á su hija después de la ejecución de los condenados, sin saber que aquella dilación era debida á una falsa declaración de embarazo.

—¡Ah! ¡lo comprendo todo! exclamó Godofredo.

—No, hijo mío, hay cosas que no se adivinan. La señora creyó viva á su hija por mucho tiempo...

—¿Cómo?...

—Ya verá usted. Cuando la señora de las Tours-Mesnières supo por Bordín que se había negado el indulto, aquella sublime muchacha tuvo valor para escribir una veintena de cartas fechadas con un mes de diferencia y posterior á su ejecución, á fin de hacer creer que vivía, y de ir graduando en ellas los sufrimientos de una enfermedad imaginaria, que finge acabar con la muerte. Estas cartas abrazaban un lapso de tiempo de dos años. La señora de la Chanterie sufrió, pues, una preparación que la hizo soportar la muerte de su hija, que ella creyó natural hasta el año 1814, en que supo la verdad de lo ocurrido. Permanció dos años enteros detenida, confundida con las más infames criaturas de su sexo y llevando el traje de prisionera; pero, gracias á las instancias de

los Champignelles y de los Beauseant, dos años después de entrar en la cárcel fué puesta en un cuarto de pago, donde vivía como una religiosa enclaustrada.

—¿Y los otros?

—El notario Leveillé, Herbomez, Hiley, Cibot, Grenier, Horeau, Cabot, Minard, y Mallet, fueron condenados á muerte y ejecutados aquel mismo día. Pannier, condenado á veinte años de trabajos forzados, lo mismo que Chaussard y Vauthier, fueron marcados y enviados á presidio; pero el Emperador indultó á Chaussard y Vauthier; Melin, Laraviniere y Vinet, fueron condenados á cinco años de cárcel. La mujer de Bourget fué condenada á veintidós años de reclusión. Chargegrain y Rousseau fueron absueltos. Los rebeldes fueron condenados todos á muerte, menos la joven Codard, que, como habrá usted adivinado, no es otra que nuestra pobre Manón...

—¡Manón! exclamó Godofredo estupefacto.

—¡Oh! aun no conoce usted á Manón, replicó el buen Alain. Esta fiel criatura, condenada á veintidós años de cárcel, se entregó para poder servir en la prisión á la señora de la Chanterie. Nuestro querido vicario es el sacerdote de Mortagne que administró los últimos sacramentos á la señora baronesa de las Tours-Mesnières, tuvo valor para acompañarla al patíbulo y le dió el último beso de despedida. Este valeroso y sublime sacerdote había asistido también al caballero del Vissard. Nuestro querido párroco Veze conoció, pues, todos los secretos de esos conspiradores...

—¡Ahora comprendo cómo han encanecido sus cabellos! dijo Godofredo.

—¡Ay de mí! repuso Alain, recibió de Amadeo del Vissard la miniatura de la señora de las Tours-Mesnières, que es la única imagen que queda de ella; así es que este sacerdote pasó á ser sagrado para la señora de la Chanterie el día en que ésta volvió dolorosamente al seno de la sociedad.



—Y ¿cómo ocurrió eso? dijo Godofredo asombrado.

—A la vuelta de Luis XVIII, en 1814. Boislaurier, el hermano del señor Boisfrelon, tenía órdenes del rey para sublevar el Oeste en 1809, y más tarde en 1812. Su nombre es Dubut, y el Dubut de Caen es su pariente. Eran tres hermanos: Dubut de Boisfranc, presidente del tribunal de subsidios; Dubut de Boisfrelon, consejero del parlamento, y Dubut Boislaurier, capitán de dragones. El padre había dado á sus hijos los nombres de tres propiedades diferentes á fin de ocultar el suyo propio, porque el abuelo de estos Dubut se había dedicado á vender telas. El Dubut de Caen, que pudo salvarse, pertenecía á los Dubut que habían seguido dedicándose al comercio y esperaba obtener, mediante su adhesión á la causa real, el privilegio para usar el título del señor de Boisfranc. En efecto; Luis XVIII dió lo que deseaba á este fiel servidor, que fué gran preboste en 1815, procurador general después bajo el nombre de Boisfranc, y que murió siendo presidente de la audiencia real. El marqués del Vissard, hermano mayor del pobre caballero, fué nombrado par de Francia y colmado de honores por el rey, siendo nombrado lugarteniente de la Casa roja, y prefecto después de la destitución de ésta. El hermano del señor Herbomez recibió el título del conde y fué nombrado recaudador general. El pobre banquero Pannier murió sin hijos, siendo teniente general y gobernador de un castillo real. Los señores de Champignelles, de Beauseant, el duque de Verneuil y el ministro de justicia, presentaron á la señora de la Chanterie al rey.

«—Señora baronesa, le dijo éste, ha sufrido usted mucho por mí y tiene usted derecho á todo mi favor y agradecimiento.» «—Señor, le respondió ella. Vuestra Majestad tiene tantos dolores que consolar, que no quiero hacer pesar sobre Vuestra Majestad el peso de un dolor inconsolable. Vivir en el olvido, llorar á mi hija y hacer el bien son mis únicas aspiraciones.

Si algo puede aliviar mi desgracia, es la bondad del rey y el placer de ver que la Providencia no ha hecho inútiles tantos sacrificios.»

—Y ¿qué hizo Luis XVIII? preguntó Godofredo.

—El rey mandó restituir doscientos mil francos á la señora de la Chanterie á cambio de la tierra de Saint-Savin, que había sido vendida para satisfacer al fisco, respondió el buen hombre. Las cartas de gracia expedidas para la señora baronesa y para su criada, expresan el pesar del rey por los sufrimientos que soportaron por servirle, reconociendo que *el celo de sus servidores fué demasiado lejos en los medios de ejecución*; ¡pero cosa horrible y que le dará á usted una idea del carácter de este monarca! durante su reinado empleó á Bryond en la policía.

—¡Oh! ¡los reyes! ¡los reyes! exclamó Godofredo. ¿Y vive aún ese miserable?

—No. Ese miserable, que ocultaba su nombre bajo el de Contenson, murió á fines del año 1829 ó á principios de 1830. Deteniendo á un criminal que se escapaba por el tejado de una casa, cayó á la calle. Luis XVIII participaba de las ideas de Napoleón sobre los policías. La señora de la Chanterie es una santa, ruega por el alma de ese monstruo, y hace decir por él dos misas al año. Aunque la defendió el padre de un gran orador, que era uno de los abogados más célebres de aquel tiempo, la señora de la Chanterie, que no conoció los peligros que corría su hija hasta el momento en que empezaron á transportar los fondos, y aun entonces lo supo por su pariente Boislaurier, no pudo nunca probar su inocencia. El presidente del Rouceret y el vicepresidente del tribunal de Alençon, Blandet, procuraron en vano salvar á nuestra pobre señora; fué tal la influencia del consejero de la audiencia Imperial que presidía la audiencia especial criminal, el famoso Mergi, procurador general más tarde, fanáticamente adicto á la Iglesia y al trono, y que hizo caer más de una cabeza bonapartista, que



obtuvo la condena de la pobre baronesa de la Chanterie. Los señores Bourlac y Mergi usaron en las sesiones un encarnizamiento inaudito. El presidente llamaba á la baronesa de las Tours-Mesnieres mujer Bryond, y á la señora mujer Lechantre. Los nombres de los acusados están todos substituidos y desnaturalizados por los del sistema republicano. Este proceso tuvo detalles extraordinarios que yo no recuerdo en su totalidad; pero me ha quedado en la memoria un rasgo de audacia que puede servir para dar una idea de la clase de hombres que eran los chuanes. La multitud, para asistir á las sesiones, hacía cuanto podía, se llenaban salón y corredores, y en la plaza había tal gentío que parecía día de mercado. Un día, al abrir la audiencia, antes de llegar el tribunal, Pille-Mille, el famoso chuán, salta por encima de la barandilla, se abre paso á codazos por entre la multitud, se mezcla con ella, y huye en medio de una de las avalanchas de aquel gentío asustado. Los gendarmes y la guardia corrieron tras él y lo cogieron en la escalera, en el momento en que ya llegaba á la plaza. Este rasgo de audacia hizo redoblar la guardia. Se colocó en la plaza un piquete de gendarmería, por temor á que hubiesen chuanes entre la multitud dispuestos á prestar ayuda á los acusados. A consecuencia de estas tentativas resultaron tres personas aplastadas. Entonces se supo que Contenson (lo mismo que mi amigo Bordin, no quiero llamarle barón de las Tours-Mesnieres ni Bryond, que son nombres respetables de vieja alcurnia), digo, pues, que se supo que ese miserable había sustraído y disipado sesenta mil francos de los fondos robados, de los cuales dió diez mil al joven Chaussard, al que metió en la policía y le inculó sus vicios y sus gustos; pero ninguno de sus cómplices fué feliz. El Chaussard que logró escapar fué arrojado al mar por el señor de Boislaurier, cuando éste supo la traición de este pillo, á quien Contenson había aconsejado que se uniese á los conspiradores

fugitivos para vigilarlos. Vauthier fué muerto en París, sin duda por alguno de los oscuros y adictos amigos del caballero del Vissard. Por fin, el menor de los Chaussard fué asesinado en uno de esos asuntos nocturnos propios de la policía; es de creer que Contenson se desembarazó de sus reclamaciones y remordimientos recomendándole su muerte á algún compañero. La señora de la Chanterie invirtió su capital en papel del Estado y compró esta casa, obedeciendo á un deseo de su tío, el consejero Boisfrelon, que le dió el dinero necesario para la adquisición. Este tranquilo barrio era vecino del arzobispado, donde nuestro querido vicario fué empleado al lado del cardenal. Esta fué la principal razón de la señora para no oponerse al deseo del anciano, cuya fortuna, después de veinticinco años de revoluciones, estaba limitada á seis mil francos de renta. Por lo demás, la señora deseaba terminar su vida en el claustro, inducida á ello y agobiada por las espantosas desgracias que había sufrido durante veintiséis años. Ahora supongo que se explicará usted la majestad y la grandeza de esa víctima que me atrevo á llamar augusta.

—Sí; la huella de todos los golpes que ha recibido le da un no sé qué de grande y majestuoso, dijo Godofredo.

—Cada herida, cada nuevo ataque, redobló en ella la paciencia y la resignación, repuso Alain; pero si usted la conociese como nosotros, si usted supiese cuán viva es su sensibilidad y cuán activa la inagotable ternura que sale de su corazón, se asustaría considerando las innumerables lágrimas que había derramado y las fervientes plegarias que había dirigido á Dios. Para resistir tantas sacudidas sería preciso no haber conocido, como ella, más que una época corta y fugitiva de dicha. Es un corazón tierno y un alma sutil contenidos en un cuerpo de acero endurecido por las privaciones, por los trabajos y por las austeridades.



—Su vida explica la larga vida de los solitarios, dijo Godofredo.

—Algunos días me pregunto la significación de semejantes existencias. ¿Reserva Dios últimas y crueles pruebas á aquellas de sus criaturas que han de sentarse á su diestra al día siguiente de su muerte? dijo el infeliz Alain, sin saber que expresaba con sencillez la doctrina de Swedenborg sobre los ángeles.

—¡Cómo! exclamó Godofredo, ¿fué confundida la señora de la Chanterie con?...

—La señora de la Chanterie se mostró sublime en la cárcel. Realizó durante tres años la ficción del vicario de Wakefield, pues convirtió á muchas mujeres de mala vida que la rodeaban. Durante su detención, observando las costumbres de las reclusas, se sintió compadecida de los dolores del pueblo que socorre hoy, y que la constituye en reina de la caridad parisiense. En medio del espantoso Bicetre de Rouen, concibió el plan cuya realización llevamos hoy á cabo nosotros. Como ella dice, aquello fué un sueño delicioso, una inspiración angelical en medio del infierno, y no se imaginaba poder realizarlo nunca. Aquí, cuando renació la calma en París, en 1819, volvió á pensar en su sueño. La señora duquesa de Angulema, la Delfina, la duquesa de Berry, el arzobispo y después el canciller, fueron las personas piadosas que dieron liberalmente las primeras sumas que se necesitaron. Estos fondos se aumentaron con el importe de nuestras rentas, de las que ninguno de nosotros toma más que lo estrictamente necesario.

Los ojos de Godofredo se llenaron de lágrimas.

—Somos los servidores fieles de una idea cristiana, y pertenecemos en cuerpo y alma á esta obra, cuyo genio y fundadora es la señora baronesa de la Chanterie, á quien usted nos oye llamar respetuosamente Señora.

—¡Oh! yo seré todo de ustedes, dijo Godofredo tendiendo las manos al anciano.

—¿Comprende usted ahora el por qué existen conversaciones prohibidas y cosas á las que ni siquiera se puede hacer alusión? repuso el anciano. ¿Comprende usted ahora las atenciones que están obligados á demostrar los habitantes de esta casa á la que nosotros consideramos como santa? ¿Comprende usted las seducciones que ejerce una mujer sagrada por sus desgracias, que sabe tantas cosas, á la que todos los infortunios han enseñado algo, que ha deducido una máxima de cada adversidad, cuyas virtudes tienen la doble sanción de las pruebas más duras y de una constante práctica, cuya alma vive sin tacha, cuyo amor de madre no conoció más que dolores, cuyo amor conyugal sólo saboreó amarguras, á quien la dicha sólo ha sonreído algunos meses, y á quien el cielo reserva sin duda alguna palma como premio á su resignación y desagravio á sus dolores? ¿No tiene sobre Job la ventaja de no haber murmurado nunca? No se asombra nunca de ver que su palabra es poderosa, su vejez joven, su alma comunicativa y sus miradas convicentes, porque ha recibido poderes extraordinarios para confesar á los que sufren, toda vez que lo ha sufrido todo. Cualquier dolor palidece al lado de los suyos.

—¡Es la imagen viva de la caridad, exclamó Godofredo entusiasmado. ¿Seré yo de los vuestros?

—Es preciso que acepte usted las pruebas, y, ante todo, ¡CREA USTED! exclamó el anciano con amabilidad. Cuando tenga usted fe, cuando su corazón y su inteligencia se hayan penetrado del sentido divino de la Epístola de San Pablo sobre la caridad, podrá usted participar de nuestras obras.